

ca. Para su subsistencia bastarán las riquezas que he traído de Asia; y todavía con el sobrante podré suministrar al pueblo cada año doscientas mil medidas de trigo y tres millones de medidas de aceite.

Sosegados los ánimos de los padres conscriptos y del pueblo, le decretaron en el mismo mes cuatro triunfos: uno sobre los galos, otro sobre Egipto, otro sobre Farancio, y otro sobre Juba. En el primero puso de manifiesto y á la vista de Roma los nombres de trescientos pueblos y de ochocientas ciudades. Habiéndose roto el eje del carro de triunfo, César mandó que se llevaran cuarenta elefantes cargados con antorchas, para alumbrar la retardada marcha de la comitiva. Subió de rodillas las gradas del templo, y cuando vió levantada su estatua cerca de la de Júpiter con la inscripción siguiente: *A César semi-dios*, hizo borrar esta última palabra. No fueron menos ostentosos los otros tres triunfos, aunque los romanos vieron con desagrado aparecer en el último las estatuas de Escipion, de Caton y Petreyo. Calculóse en 65.000 talentos el total de vasos de oro y plata llevados en aquellas solemnidades, sin comprender en este cálculo mil ochocientas veinte y dos coronas, regaladas por las diferentes ciudades, de quince mil treinta y tres libras de peso. Hizo el vencedor uso de estas riquezas para pagar y galardonar liberalmente á los soldados, á los oficiales y al pueblo aderezaronse veinte mil mesas, sirviéndose en ellas lo más exquisito que se podía apetecer en manjares y vinos. Pompeyo, que conocia los gustos del pueblo, sobre el cual aspiraba á ejercer dominio, le habia mandado construir un circo inmenso de dos mil piés de longitud y de novecientos de anchura, dentro del cual podian tomar asiento doscientos cincuenta mil espectadores. Un canal de agua corriente recreaba la vista de los que asistian á la fiesta, y les preservaba del peligro, al propio tiempo que estaban defendidos por una verja de hierro. César ofreció allí en espectáculo al pueblo dos mil gladiadores, simulacros de batallas por mar y tierra y luchas de elefantes; ni faltaron tampoco los sacrificios humanos: fué tan considerable el gentío que muchos individuos pasaron la noche al raso, muriendo varios de ellos sofocados entre la muchedumbre.

Vióse aparecer entonces á los famosos mímicos Publio Siro y Laberio. Llevado el primero en clase de esclavo á Roma, mereció obtener la libertad por su talento; compuso muchas comedias, de las cuales nos quedan algunas sentencias excelentes, y habiendo desafiado en esta ocasion á todos los poetas dramáticos y á todos los actores, consiguió el triunfo sobre unos y otros. Laberio habia sido borrado del número de los caballeros cuando salió á las tablas, y César, en recompensa de su maestría en los papeles que desempeñaba, le restituyó esta vez el anillo de cro, añadiendo el donativo de quinientos sextercios. Yendo en consecuencia á tomar asiento en las sillas reservadas para los ciudadanos de su clase, y como pasara cerca de Ciceron, sentado en medio de los senadores, éste le dijo: *Yo mismo te haria lugar si no me encontrara tan apretado*, aludiendo al gran número de senadores creados por César. Pero Laberio le respondió todavía con más agudeza: *No me asombra que te halles estrecho, cuando tienes costumbre de ocupar á la vez dos asientos*.

A pesar de todo, los enemigos de César no estaban completamente destruidos. Cecilio Basso, caballero romano, venido de Farsalia con los pompeyanos, se habia retirado á Tiro, donde, bajo las apariencias de dedicarse al comercio, juntó á todos los de su partido, y en breve se halló en disposición de venir á las manos con Sexto César, gobernador de Siria. Derrotado primero, supo despues inducir al ejército del vencedor á que le asesinará y á que se le uniera. Habiendo aumentado sus fuerzas de este modo, y no careciendo de habilidad, se sostuvo contra sus adversarios, llamando en su auxilio á los árabes, prontos siempre á venderse á quien mejor les pagaba, y á los partos, que no apetecian cosa mejor que hacer daño á los romanos. Aunque César envió tropas en contra suya, no logró abatirle, y hasta la muerte del dictador se mantuvo Cecilio en Apamea.

Importantísima bajo otro aspecto era la guerra de España. Allí habian reunido los dos hijos de Pompeyo los restos de las tropas que habian escapado de las derrotas de Tapso y de Farsalia, á los cuales se habian incorporado muchos indígenas, envanecidos aún con la memoria de los triunfos de sus abuelos. Dueños de las campiñas, habian obligado á los

cesarianos á encerrarse en las plazas fuertes. Para poner término á las hostilidades creyó el dictador que urgía su presencia; vino, pues, á España, recuperó muchas ciudades, y en la llanura de Munda, á corta distancia de Málaga, dió una batalla decisiva á los republicanos; á lo ménos este era el nombre que se daban á sí propios.

Estos lograron al principio tan insigne ventaja (17 de Marzo de 45), que César estuvo á punto de darse muerte de desesperacion; pero cobrando aliento grito á sus soldados: *¿No os da vergüenza de entregar vuestro general á esos parvulitos?* y se precipitó el combate, y despues de haber luchado desde la salida del sol hasta su ocaso, obtuvo la victoria. Quedaron en el campo de batalla treinta mil enemigos, entre cuyo número se contaba el valiente Labieno y tres mil caballeros. Sirviéronse los cesarianos de sus cadáveres para cegar los fosos de Munda, que escalaron mientras Cesar perseguia á los fugitivos. Muerto fué Cneo Pompeyo despues de haber asistido á la destruccion de su escuadra, y Sexto, su hermano menor, llegó á ocultarse entre los celtiberos. César retornó á Roma despues de poner término en siete meses á tan difícil guerra; su triunfo no resplandeció allí con gloria por haber sido comprado á costa de sangre romana, lo cual no estorbó que fuera proclamado dictador perpétuo.

Hallábase, pues, consolidado su imperio, y ya podia decir que tenia á su devocion el pueblo. Entonces pensó en grandes reformas, que recuerdan á nuestra mente un Carlo Magno, un Napoleon, rodeados de su consejo. Como censor hace el encabezamiento del pueblo, restituye á Roma una porcion de ciudadanos expatriados, al mismo tiempo que prohíbe salir de allí á todo individuo de más de veinte años y de ménos de cuarenta. Atrae allí con sus liberalidades á todo el que ha adquirido nombradía en las artes y en las ciencias. Procura refrenar el lujo; pero las leyes suntuarias le obligan á llenar los mercados de espías, y á encargar de la policia á los magistrados, que penetran á la hora de comer en las casas de los ricos, y se llevan aquello que en el servicio les parece superfluo. Completa el número de los senadores, aumenta el de los magistrados inferiores, limi-

ta el poder judicial de caballeros y senadores, disemina á ochenta mil ciudadanos pobres en colonias ultramarinas, y hace públicos por la vez primera los actos emanados cotidianamente del senado y del pueblo.

En calidad de gran pontífice, hace que venga de Egipto el astrónomo Sosigenes, con cuyo auxilio opera la reforma del calendario, por estar persuadido de su irregularidad, mereciendo así la burla de Ciceron y la alabanza de la posteridad. En vez de confiarlo al pueblo ó á la suerte nombra por sí mismos á los que han de desempeñar todas las magistraturas, proponiendo los candidatos para los comicios con la fórmula siguiente: *César recomienda tal ciudadano para tal tribu, y exige que sea elegido*. Sabiendo por otra parte que el poder que se le habia conferido vitaliciamente le habia allanado el camino de la autoridad soberana, quiere que ningun pretor pueda ejercer sus funciones por más de un año, ni por más de dos ningun personaje consular.

Como no tenía hijos, y conteniéndole además el odio que profesaban los romanos al nombre de rey, no pensó en fundar una dinastía, aunque tampoco le ocurrió establecer la república, como habia hecho Sila. Se le puede considerar, pues, como el verdadero fundador del imperio, porque tambien se le habia adjudicado el título de emperador, no con la significacion ordinaria de general victorioso, sino como señal de autoridad suprema.

Créese contemplar en este representante de la civilizacion, el más activo y popular de todos, uno de aquellos caracteres idealizados, que se encuentran en la infancia de los pueblos. Eminente guerrero, gran orador, político insigne, hombre de saber y de accion, hábil matemático como lo prueban la reforma del calendario, el puente que echó sobre el Rhin, y los asedios que dirigió en persona, tenia tan poderosa fuerza de atencion que leia, escribia y escuchaba al mismo tiempo, y podia dictar á la vez á cuatro y hasta siete secretarios. Este hombre alcanza ínclitas victorias desde las riberas de la Bretaña hasta la Etiopia, y las refiere con notabilísimo estilo. Pelea y se engolfa en los placeres; domina las asambleas con una palabra; apacigua las sediciones y sabe agradar á las mujeres. Superior á sus contemporáneos,



les conocía, y esto lo estimulaba á atreverse á todo. Nada le detenía cuando se trataba de tocar al fin que se había propuesto, ni aun la justicia, pues decía con Eurípides, que debe observarse en todas las circunstancias de la vida, ménos cuando era cuestión de ganar un reino. Sus costumbres distaban mucho de ser severas; las canciones de sus soldados, echándole en cara durante las solemnidades de su triunfo sus vergonzosas complacencias con Ninomedeo, le llamaban la reina de Bitilia. Curion le designaba públicamente en un discurso como el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos; y cuando entró en Roma en calidad de vencedor, repetían los legionarios en torno suyo: *Romanos, esconded vuestras mujeres; os traemos al galante calvo que ha comprado á las mujeres de los galos con el dinero robado á los maridos.* Como aludiera un senador á su persona, al decir que nunca podría una mujer tiranizar á los hombres, repuso: *Acuérdate de que Semíramis avasalló el Oriente, y de que las Amazonas conquistaron el Asia.* Y efectivamente, con tantos gustos afeminados, no había soldado más robusto, ni más sufrido, cuando se trataba de domar un corcel fogoso, de soportar el calor ó el frío, de padecer hambre, de cruzar un río á nado, de andar á pié cincuenta millas en un día.

Su dictadura fué corta y agitada, porque entónces se salía de disturbios civiles. Es imposible determinar cuales fuesen sus proyectos; pero aun cuando debía su elevación al ejército únicamente, jamás se dejó arrastrar á los excesos cometidos por Mario y Sila, y posteriormente por Augusto. Censor, tribuno, dictador vitalicio, era árbitro de la república; no obstante dejó que subsistieran las formas, cuya destrucción fué más perjudicial que la de la misma república. Grande hombre y mal romano, trastornó hasta el último cimiento de la política de su patria. Tuvo hasta entónces por objeto absorber á las demás naciones; él la obligó á asimilárselas hasta cierto punto. Los generales obligaban á los países vencidos á sufrir el yugo de Roma, quitándoles su dinero y su fuerza, á la par que respetaban sus instituciones, lo cual no era un mérito, sino una manera muy segura de esquilmarlos, de aniquilarlos, de destruirlos. César cambia de sistema,

abre Roma á todas las naciones, llámalas á tomar asiento en el anfiteatro y en la curia. Rejuvenece la empobrecida sangre del Asia y de la Italia, é ingerta en el carcomido tronco las vigorosas ramas que le suministran la Galia y la España. Animado de este pensamiento, al estallar la guerra civil confirió los derechos de ciudad á todos los galos establecidos entre el Pó y los Alpes. Hizo también ingresar en el Senado á muchos centuriones galos de su ejército, y hasta simples soldados, y aun libertos escogidos con especialidad entre los vencedores de Farsalia: en este punto se hizo entónces blanco de muchas expresiones de burla. César, se decía, *arrastra á los galos detrás de su carro, si bien es para traerlos al Senado. Han dejado las bragas célticas para endosarse la laticlavía.* En Roma se había fijado este anuncio: *Se suplica al público no enseñe á los nuevos senadores el camino del Senado.*

Mientras Roma perdía así su nacionalidad por el inmenso ensanche que recibía, se habituaban los pueblos á mirar la Italia como la soberana del mundo; esto suspendía las guerras alimentadas hasta entonces de un lado por la ambición y por la avaricia, y de otro por el patriotismo. Todos los advenedizos se enlazaban á la fortuna del dictador por su interés propio: de esta suerte prodigaban á César honores sin tasa, y él se prestaba á ellos con ménos repugnancia, después de haber sido testigo de las vilezas de la corte de Cleopatra. A competencia con sus hechuras, los restos degenerados de la sangre latina se honraban con proporcionarse á sí mismos el espectáculo de la arena sangrienta, donde celebraba César los funerales del antiguo mundo.

Creando ya su vida bastante segura para que la considerase necesaria á la paz del mundo, perdonó las sátiras, los dichos mal intencionados, las tramas, las inveteradas enemistades. Hizo que se volvieran á erigir las estatuas de Pompeyo, y se paseaba sin custodia, sin coraza, en medio de la ciudad sumisa, diciendo que valía más sufrir una vez la muerte, que temerla de continuo.

Entretanto meditaba una reforma de la legislación, cuyo resultado hubiera sido reducir á un corto número de disposiciones terminantes las numerosas leyes de Roma. Pensaba en

embellecer á Roma, en crear una biblioteca griega y latina, bajo la dirección del sabio Varrón, en edificar un templo en el centro del campo de Marte, un anfiteatro al pié de la roca Tarpeya, y una curia capaz de dar cabida á los representantes del mundo entero; debía abrirse un espacioso puerto en Ostia; con secar los pantanos Pontinos hubiera sido posible hacer el mapa figurativo del imperio; manos romanas iban á levantar á Capua, á Cartago, á Corinto de las ruinas bajo que las habían sepultado las legiones de Roma. Quería romper el istmo de Corinto y juntar los dos mares: después de haber dominado á consecuencia de una guerra á muerte á los partos, únicos enemigos temibles de Roma, hubiera dado vuelta por el Cáucaso, la Escitia, la Dacia y la Germania, de modo que el imperio, que debía dilatarse por todos los pueblos civilizados, ya no hubiera tenido que temer nada de los bárbaros.

Aquellos grandes proyectos cayeron á tierra bajo el puñal de los conjurados, que, en virtud de reminiscencias intempestivas, precipitaron de nuevo el mundo en desastres, de los que probablemente hubiera podido escaparse. Ninguna dominación nueva puede establecerse sin ajar muchas afecciones é intereses. Menospreciando César á aquellos senadores, inhábiles unos para conservar lo pasado, advenedizos otros y arrojados por él á la curia, hacía por sí mismo los decretos y los firmaba con los nombres de los principales individuos del Senado, sin consultarles siquiera. Cierta día aquella turba de magistrados curules llega á anunciarle algun honor insigne, alguna prerogativa nueva, y ni siquiera se levanta de su asiento. Este signo de desden pareció de más insoponible rudeza que la opresión misma: renováronse de esta manera los antiguos odios. La silla de oro y la corona de laurel, admitidas después de la victoria en España, pudieron inducir á creer que pensaba en la monarquía; mirábase de reojo la estatua que se había levantado entre Tarquino y Bruto, y se murmuraba con sigilo que aspiraba á la dignidad regia. Como asistiese á las fiestas lupercales, Marco Antonio, después de haber corrido desnudo por la ciudad, según costumbre, se arroja á sus plantas, ofreciéndole una corona entrelazada de laureles. Algunos de los asistentes, quizá

apostados allí de intento, aplaudieron la ofrenda; pero cuando César rehusó aquel símbolo del poder real, dió la muchedumbre alegre testimonio de su aprobación de un modo nada equívoco, y se dobló su entusiasmo cuando dijo que, pudiendo ser solamente Júpiter rey de los romanos, era menester llevar aquella corona al Capitolio. Al día siguiente todas las estatuas de César amanecieron con guirnaldas de flores: Flavio y Marcelo, tribunos del pueblo, fueron á quitarlas, y castigaron á los que habían aplaudido la acción de Antonio. Irritado César, depuso á los dos tribunos.

Contábase Cayo Casio entre el número de los descontentos, habiendo manifestado desde su infancia profundo odio contra la tiranía: cierto día había llegado á dar una bofetada á Fausto, hijo de Sila, á quien había oído jactarse en la escuela del ilimitado poder de su padre. Habiéndole hecho comparecer los deudos de éste ante Pompeyo, lejos de alegar excusas, protestó que volvería á pegar á su condiscípulo, si se atrevía á repetir las mismas expresiones. Se había convertido en enemigo particular, porque el dictador había dado la preferencia á Bruto para la pretura, y le había quitado los leones, aquellos juguetes favoritos de los romanos de entónces, que le habían tocado en la toma de Megara.

Aquel rencor privado y su ambición personal inflamaron en su pecho el amor de la libertad, y Junio Bruto (nacido el año 85), le pareció un instrumento adecuado en un todo á la ejecución de sus designios. Este jóven, escritor instruido y discursador elegante, había sido educado en las máximas de la antigua academia, si bien por complacer á Catón, su tío, adoptó las doctrinas de los estóicos, con las cuales había aprendido á endurecerse contra los mayores sacrificios y contra las abnegaciones más violentas. Pompeyo había mandado dar muerte á su padre, y á fin de que no pareciera que cedía á un odio personal, abrazó su causa y fué vencido á su lado en Farsalia. César, que le miraba como á un hijo, á consecuencia de su larga intimidad con Servilia, su madre, tuvo singular satisfacción al saber que se había salvado: no contento con perdonarle, le confió el importante gobierno de la Galia Cisalpina, donde mereció que los habitantes de Mediolano le erigieran una estatua.



Pero en vez de hacerle adicto á César aquellos beneficios, le agriaban por el contrario, en virtud del temor que le sugería su exagerado orgullo, de considerar antes su efecto privado que la libertad comun, de preferir un hombre á la cosa pública. A sus ojos César era un usurpador y opresor de su patria, y los enemigos de éste no cesaban de traer á su memoria, ya la fiera virtud de Caton, ya la accion heroica del antiguo Bruto. Sobre su puerta y en anónimos billetes hallaba escrito.—*¿Qué, no existe hoy un Bruto?—¡No, tú no eres Bruto!—¡Duermes, Bruto!*—Además al defender á Milon, habia sostenido que un ciudadano puede quitar la vida á otro cuando es útil á la república este homicidio.

Casio, principal instigador de aquella trama, vió con gozo que aquellas provocaciones ejercian grande influjo sobre aquel espíritu entusiasta. Al cabo se decidió á declararle su designio, haciéndole presente cuan indigno era tolerar por más tiempo la servidumbre de la patria.—Cuando el pueblo, añadía, aguarda de otros pretores espectáculos y gladiadores, espera de Bruto que le liberte de un tirano.

Adhirióse Bruto á la conjuracion, y su nombre intachable atrajo á ella á otros muchos ciudadanos de las primeras familias; unos antiguos enemigos de César por sentimiento republicano, otros que lo eran por haber recibido mercedes de su mano. No se impuso á Ciceron en el secreto, por medio de que su timidez comprometiera el feliz resultado, ó de que su presuncion intentara dirigirlo todo á su antojo. Preguntándole Statilio cual le parecia menor entre estos dos males, si soportar á un tirano, ó libertarse de él á riesgo de una guerra civil, respondió: *Prefero la paciencia á los perjuicios inseparables de semejante guerra.* Habiéndose apercebido Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto, de que éste nutria en su seno un designio importante, se hizo una profunda herida en el muslo, y asegurada por este medio de que, digna de su padre y su esposo, sabria resistir á un dolor vehemente, pidió á su marido que le confiara su secreto.

La supersticion de los romanos señaló una série de prodigios precursores de la muerte de César, que por todas partes recibia indicios de la existencia de la conjuracion (44); pero ó no

creyó en ella ó no le causó susto. Los conjurados que eran sesenta y tres, y pertenecientes á las primeras familias de Roma, resolvieron asesinarle en los idus de Marzo. En el momento en que iba á tomar asiento en el Senado, le rodearon fingiendo implorarle á fin de obtener un nuevo acto de clemencia, y se precipitaron sobre su persona (15 de Marzo del año 44). De fendióse al principio, pero cuando vió á Bruto blandir el puñal sobre su cabeza, exclamó: *Tú tambien, hijo mio!* Envolviéndose entonces en su toga, se dejó atravesar por veinte heridas, y cayó á los piés de la estatua de Pompeyo.

#### CAPÍTULO XXXVIII.

Situacion de Roma á la muerte de César.

César habia cumplido cincuenta y siete años. De seguro debe figurar entre los hombres más insignes de la antigüedad, como guerrero, como político y como escritor. Aunque somos pocos propensos á admirar á los héroes, no podemos desconocer en César virtudes que le distinguen de los que le precedieron, ó que disminuyen las faltas que tuvo de comun con ellos. Fué conquistador y derramó torrentes de sangre; blandió las armas contra su patria y entonces se hizo delincuente de fratricidio, pero suspendió el hierro vengador despues de sus victorias; negó á sus soldados el horrible júbilo de las proscripciones; otorgó perdon á sus enemigos cuando esperaban la muerte, y ya que no eran sostenibles las antiguas instituciones de Roma, sólo él tenia brazo harto robusto para contener en la unidad política á la plebe y á los patricios y para dar á la ciudad una constitucion nueva.

Háse dicho: *Era un usurpador: podia, pues, y hasta debia exterminarle todo ciudadano.* De que esto se verificara ¿qué beneficio resultaba á Roma? ¿No vinieron á demostrar los sucesos posteriores que el gobierno de uno sólo era ya inevitable? ¿No leían los mismos conjurados la condenacion de la república en la inmensa depravacion que viciaba todas las partes de la sociedad? ¿No lo confesaron ellos mismos cuando despues de haber dado muerte al dictador, procuraron escitar al pueblo en favor suyo, no por las ideas de libertad, sino con distribuciones de dinero?

Si hubo época en que se evidenciara que el bienestar de una sociedad no consiste en las mejoras materiales, fué ciertamente aquella. De día en día adquiría más uniformidad la administracion de la cosa pública, de la justicia y de las rentas; la inflexible tiranía de la palabra se habia doblegado ante el edicto del pretor, la curia ante la tribu; magnificos caminos cruzaban la Italia y el imperio; se abrian al comercio canales y puertos; acudiendo de los puntos más remotos, afluían los extranjeros en Roma, como centro de la sabiduría, del poder, de la civilizacion, y el mundo entero la ofrecía el tributo de su dinero y de sus producciones.

Pero ¡cuántas llagas encubria aquel exterior brillo! Habian consumido las guerras intestinas á la raza italiana. Trescientos ciudadanos perecieron en la sedicion de Tiberio Graco; tres mil en la de su hermano; trescientos mil en la guerra social mas desastrosa que la de Pirro y Anibal. Sila mandó degollar á doce mil prenestinos, destruyó á Norba, hizo perecer á los unos por las proscripciones, expulsó á los otros de su patria por las confiscaciones; de modo que le fué preciso renovar la poblacion introduciendo en la ciudad á diez mil esclavos de los proscriptos, como distribuyó los bienes confiscados á las veintitres legiones fieles á su causa. No hablamos aquí de Mario, ni de Espartaco, ni de las nuevas guerras civiles que desolaron la Italia. Ni aun la misma Roma, en que se infiltraba la sangre sacada á la Península, pudo conservar su poblacion inmensa; en tiempo de César se contaban cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos de diez y siete á setenta años; trescientos veinte mil ménos que entre la primera y la segunda guerra púnica.

Allí estaban repartidas con desigualdad las riquezas, y á la par que algunos nadaban en delicias, el mayor número era victima de la miseria. Trescientas mil personas recibian dentro de la ciudad socorros como indigentes; individuos que consumian sin producir y ofrecian de consiguiente una terrible arma á quien queria comprarlos ó pudiera amenazarlos con el hambre. Habia destruido á la antigua raza agrícola la pródiga rapacidad de los triumviros, y los nuevos propietarios, que habian adquirido sus tierras con la espada, apetecian mejor tomar parte en los placeres ociosos del

teatro y en las agitaciones tumultuosas del foro, que conservar y acrecer su patrimonio con el trabajo. Hallábanse, pues, abandonados los campos á brazos serviles, y tanto era el daño que resultaba de esto que siete fanegas distribuidas por Licinio producian antiguamente más, al decir de Columella, que en tiempo de César los más extensos dominios. Ocupaban á pesar de todo tal espacio que sus dueños no podian dar la vuelta de ellos más que á caballo, y que dejaban que los hollaran los rebaños y los devastaran las fieras, y los explotaran los esclavos encadenados ó ciudadanos reducidos á la condicion de presos por deudas. Orioli ha descubierto recientemente cerca de Viterbo vestigios de un arqueducto, que en su longitud de ocho mil setecientos sesenta y tres metros no cruzaba mas que once propiedades pertenecientes á nueve individuos. Era, pues, indispensable llevar de lo exterior trigo, y en tiempo de César y Augusto se recibian en Italia, tanto de Egipto como de Africa, ochocientos diez millones de libras, segun peso de marco, de este grano. Si acontecia que estuvieran cortadas las comunicaciones ora por la piratería, ora por la guerra, se experimentaba en la Península hambre, como cuando se espera el alimento de ajena mano.

Ni podia acontecer de otro modo, faltando una clase media entre los que poseian una fortuna desmesurada y los que carecian de todo. Hasta las mismas leyes oponian un estorbo á que se formase, tachando con la nota de infamia el ejercicio de un oficio cualquiera. Tambien se miraba de reojo el gran comercio, y la opinion le era contraria. Se veñaba terminantemente todo tráfico á los senadores, y se les imputaba á delito mandar costruir una nave. Cada vez desapareció más la clase media con las confiscaciones, y á consecuencia de la aglomeracion de las propiedades en escaso número de manos. Desde este momento Italia, donde á pesar de esto circulaban el oro y la plata de las naciones vencidas, y cuyos moradores gozaban de tantas libertades y exenciones, entre otras la de la capitacion, del tributo predial, de los derechos de aduana y de entrada, fué despoñándose y menguando en prosperidad en una proporcion mayor que las provincias recargadas de impuestos, y entregadas á merced de los